

DAR EL SABER...ES DAR EL ALMA

Con estas palabras conocidas por muchos, comenzamos este artículo, recordando que nuestra patria en este mes de septiembre, recuerda y honra la tarea de los educadores. El día 11, agradecemos a nuestros maestros de escuela primaria, conmemorando la muerte de D. F. Sarmiento (1811/1888). Éste se destacó por su preocupación educativa y, en su afán de progreso, incorporó al país maestros norteamericanos dando origen al llamado “normalismo”, que dio identidad a varias generaciones de orgullosos y buenos maestros normales nacionales de Argentina.

El día 17, homenajeamos a nuestros profesores recordando el aniversario de la muerte de J. M. Estrada (1842/1894). Este intelectual, profesor, político, rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, antepuso en nuestra educación los valores cristianos frente al liberalismo y al laicismo, que pretendían imponerse en nuestro país en el siglo XIX.

El magisterio de la Iglesia distingue y apropia a la familia, al Estado y a la escuela de sus respectivas responsabilidades (Cfr. *Divini illius Magistri, Gravissimum educationis, La Escuela Católica*, en nuestro país *Educación y proyecto de vida*, entre tantísimos otros). El reto es mayor porque la familia, como primera y principal educadora, está siendo sometida a una gradual mutación, mutilación y descomposición. No nos debe angustiar ni alarmar, sino preocuparnos para ocuparnos en tomar decisiones concretas.

Es muy difícil la tarea de continuar aquello que, por naturaleza y misión, debe comenzar en la familia, cuando ésta no existe o no se inició, cuando se atribuye y delega todo a los docentes exculpando responsabilidades y- hasta en algunos casos- agrediendo física y verbalmente al educador con la consecuente pérdida de la autoridad de ambos. El Estado y su responsabilidad, por momentos también parece no colaborar. Cuando los discursos de quienes gobiernan y/o pretenden gobernar, están llenos de violencia, predisponen más a la enemistad que a la fraternidad, y así llegan a nuestras aulas jóvenes sobreinformados de agresividad. Se pretende

imponer un “constructivismo”, que poco edifica, y ensaya hacerlo desde la subjetividad que arrastra al relativismo. Esta posición promociona una “persona original”, que se construye derribando aquello que el cultivo de la razón hizo germinar a través de los siglos, y se hacer ver como algo malo e impuesto, opresor y paralizador. Se presenta el pasado con un gran yerro, en que la tradición es sinónimo de imposición.

Nosotros, en cambio, en la historia “maestra de vida” (*Magistra vitae*, diría Cicerón) encontramos la posibilidad de buscar-como hombres sabios, en lo viejo y en lo nuevo-, los testamentos que dejaron en herencia quienes -aún con errores- se arriesgaron. En el siglo III, el testimonio de un alumno que egresaba de la escuela, se expresó así ante su maestro: “Tú, querida cabeza, levántate y, después de rezar, despídenos. Nos has salvado con tus enseñanzas, sálvanos también conservándonos en tu corazón con tus oraciones. Ponnos en tus manos, pero sobre todo, métenos en las manos de Dios que nos trajo hasta tí. Pídele que nos lleve de la mano en el futuro (...), pídele que recibamos algún consuelo por esta separación, y suplícale que nos haga algún día volver a encontrarnos contigo, éste es hoy nuestro mejor consuelo” (Gregorio el Taumaturgo, *Elogio al maestro Cristiano*).

Muchos docentes sienten y sintieron esto, muchos también por la fuerza de su vocación, intentan sanar heridas del alma en sus alumnos, y muchos sienten que es posible hacer del aula un momento de hogar y de comunidad, que refleje y prepare para la futura vida de la sociedad. Nuestro Señor nos dice que el discípulo no es más que el maestro. (Mt 10, 24), por eso reflexionando sobre su vida, imitemos, sigamos y descansemos en Él, que vino a servir y no a ser servido, y a dar su vida por la liberación de todos. Don Bosco, Miguel de Garicoits, San José de Calasanz, Juan Bautista de la Salle y tantos santos de nuestra familia, la Iglesia, los acompañen en esta tarea. María Sede de la Sabiduría, los lleve cada día a Cristo. Gracias, queridos maestros y profesores, por el sí dado a Dios, a la iglesia y al mundo renovado cada día en el aula.